



XII

El aparecido.

Antonio Laho se santiguó como hacen los vascos cuando acaban de mandar á alguno al otro mundo, aunque sea el hombre más criminal de la Tierra el ejecutado. No tenía ya otra cosa que hacer que volver á la hostería sin ser visto. Como para los huéspedes de su hermana había desaparecido de misteriosa manera que debía de influir en el ánimo de aquéllos, ya preparado á lo sobrenatural y extraño por los relatos legendarios, en cualesquiera otras circunstancias hubiese permanecido oculto en las ruinas de Miot; pero, por si su hermana le necesitaba para procurar nuevamente la fuga de Aurora y Flor, decidió arrostrar todos los riesgos y volver á la posada. Además, la situación era muy distinta á consecuencia de la muerte de Gonzaga, y el

montañés no era de los que rehuyen el cumplimiento de un deber.

Felipe de Mantua, precipitado desde más de veinte pies de altura, había caído en una cuenca llena de agua espumosa y helada. El torbellino le arrastró cual si su cuerpo fuera una brizna de paja, y acabó por arrojarle sobre una roca como andrajo humano. Aniquilado, inerte, quedó allí inmóvil é incapaz del menor esfuerzo para salvarse.

Por suerte para él, parecía protegerle aún el Demonio, y en la cavidad rocosa adonde fué arrastrado, si el agua le bañaba casi todo el cuerpo, no alcanzaba á cubrirle la cabeza. Otro que él hubiera sucumbido, sin embargo; pero al cabo de bastante tiempo el caballero abrió los párpados, miró en derredor con espanto, y recordó lo sucedido. No intentó nada por salvarse. ¿Para qué? Creíase en el fondo de un abismo sin salida. En estado comatoso, próximo á la muerte, aguardó á la Descarnada sin moverse.

Su cabeza ardía, su lengua estaba seca, y gimió:

—¡Agua! ¡Agua!...

Aquella sed irresistible propia de los calenturientos y de los agonizantes debía ser su salvación. Logró acercar los labios al espumoso líquido que corría sobre su pecho, y bebió ávidamente.

Animado con la bebida, aclaráronse poco á poco sus ideas; pudo abrir los ojos y enderezarse, y esperó. Quizás no había sonado aún su última hora: tal vez podría salvarse. Una hora después estaba en pie y desafiaba nuevamente al Destino.

Lo mismo que la galería superior, la zanja dividíase también en dos ramales: el principal continuaba introduciéndose en la Tierra, y por él se precipitaba con estruendo la gran masa de las aguas; mientras que el otro, estrechado por las rocas, sólo dejaba penetrar un hilillo de agua, y al extremo, muy lejos, alcanzábase á ver un punto luminoso, que á Gonzaga no le parecía mayor que su mano.

—Si puede pasar un hombre por ese agujero —murmuró,— los que me creen muerto me verán surgir muy pronto ante su vista como un aparecido.

Á trueque de inenarrables sufrimientos y esfuerzos sobrehumanos, arrastrándose de rodillas sobre la corriente, desgarrándose las manos en las rocas, llegó por fin al orificio, el cual era tan estrecho, que tuvo que deslizarse por él como una serpiente.

Al volver á ver el Sol deslumbrador y el verdor alegre de los campos—él, que salía de las entrañas de la Tierra,—lanzó un grito de triunfo,

y luego una carcajada estridente, en la cual se manifestaban, á la vez que la cólera, la amenaza y la soberbia.

La consternación de M. de Peyrolles fué inmensa cuando vió regresar á los expedicionarios sin su señor. Comprendió que desde aquel momento era personalmente responsable de las prisioneras, y carecía de autoridad y de prestigio con los aventureros que componían la banda del Príncipe. El relato que le hicieron de lo acaecido aumentó su turbación todavía más, y tal despecho sintió, que no pudo menos de censurar el modo como se habían efectuado las pesquisas.

—Id vos á hacerlas—le replicó Montaubert, herido en su amor propio.—Y si no volvéis, ninguno de nosotros se molestará en ir á buscaros.

Con efecto; los *enrodados*, obedecían á Gonzaga, pero no se curaban para nada de su mayordomo; á quien profesaban el más soberano desprecio.

—No puedo esperar nada de ellos—pensó melancólicamente el factótum,—y milagro será si no pretenden vengarse de todos los agravios que les he inferido.

Una sola cosa podía mantenerlos aún por uno ó dos días á lo menos bajo el yugo: la persuasión de que el Príncipe podía vivir todavía. Su

diplomacia debía, pues, tener por objetivo convencerlos de que mientras no se encontrara el cadáver del jefe, éste podría volver de un momento á otro.

—Cada cual de vosotros, caballeros—dijo con firmeza,—puede hacer lo que le venga en gana. Pero si no tengo el derecho de daros órdenes, me permitiréis que os dé un consejo.

—¿El de obedeceros?—interrumpió irónicamente Nocé.—¡Vive el Cielo! ¡Guardaos vuestro consejo! ¡Podemos servir al señor; pero no á su lacayo!

Y haciendo una pirueta le volvió la espalda.

—¡Bravo, Nocé!—exclamó Taranne.—El villano confidente de nuestro querido Príncipe tiene un olfato sorprendente para oler á Lagardère: sin duda lo siente ya á sus alcances, y le gustaría que le sirviéramos de guardias de corps. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Prefiriría estar con Lagardère contra Peyrolles, á sacar mi espada en defensa de este miserable contra cualquiera! ¿No sois de mi opinión caballeros?

Todos tenían alguna perfidia que vengar del mayordomo, y todos asintieron. Era la rebelión abierta y franca. Ninguno se preocupó de atenuar un tanto la animosidad general contra el factótum, el cual les era tanto más antipático cuanto que no podían esperar nada de él. Poco

le importaban á Peyrolles los insultos y desprecios: en su vida de adulación servil se había acostumbrado á tales demostraciones de modo que no le conmovían en lo más mínimo. Aguardó pues, con paciencia á que se callaran, y continuó diciendo:

—Me parece que os arrebatáis fácilmente, caballeros. Aunque rehusáis mi consejo, tengo empeño en dároslo, porque lo creo bueno. ¡Tanto peor para los que no quieran seguirlo! Reflexionadlo bien. Si ninguno ha podido hallar el cadáver de Gonzaga, es porque no hay tal cadáver, porque el Príncipe vive. Yo no creo una palabra de esos subterráneos de que no se puede salir, ni de la Tierra que se entreabre. Sois, caballeros, más supersticiosos que las mujeres.

Los aventureros murmuraron sordamente:

—Sostengo lo dicho—se apresuró á agregar el mayordomo.—Os creéis libres de la omnipotencia de mi señor el Príncipe, sin el cual no sois nada más que unos niños; sin el cual ni vosotros ni yo somos nada. Como escolares que no temen ya la férula, os dáis ínfulas de libertad que no os sientan bien; y si el Príncipe no hubiera de regresar antes de llegar la noche, habríais hecho imprudencias capaces de haceros perder la cabeza.

—No volverá—insistió Montaubert.

Peyrolles se encogió de hombros.

—Me comprometo á no repetirle lo que acabáis de decir. Era más bien contra mí, y no os guardo rencor.

Los *enrodados* no reían ya: pensaban que podía tener razón aquel pícaro á quien todos odiaban, pero al cual se habían acostumbrado á temer, y que á la sazón era el único que no se encontraba desanimado.

—¡Ea! ¡Á la mesa!—prosiguió.—Á los postres os informaré de lo que conviene hacer, á menos que no sea el mismo Príncipe, nuestro señor, el que os lo diga, como espero.

Dijo esto con tal seguridad, que nadie osó replicar.

—Ordenad á la huéspedá que nos sirva. Tenemos aún dos horas de tiempo, y en dos horas hay espacio suficiente para que resucite un príncipe.

Oriol se precipitaba ya hacia la cocina para transmitir la orden del factótum, y doña Cruz le detuvo.

—¿Adónde vais?

—Á mandar que nos sirvan de comer.

—¿Qué habéis hecho del hermano de la hostelera? Supongo que M. de Peyrolles, que le ha enviado ha morir, no exigirá que su desconsolada hermana sea quien os sirva. Los más misera-

bles respetan ciertos dolores, sobre todo cuando los han causado. La crueldad tiene sus límites.

Cruzó su mirada con la del mayordomo y exclamó:

—¿Tenéis hambre, M. de Peyrolles? No sois el único hambriento, porque desde ayer la muerte ha hecho dos víctimas. Pero no importa. Voy á servirlos por mí misma.

En efecto; ayudada por una sirviente, puso la mesa. Después del altercado los aventureros hallábanse indecisos. Ya humeaban los platos sobre el mantel, y las botellas destapadas irisaban la mesa con sus colores rojizos, y ni ellos ni Peyrolles se habían movido.

—Dad ejemplo á esos señores—le dijo doña Cruz con acento de ironía.—¿Supongo que no temeréis que os envenene?

—¡Pudiera ser!—repuso brutalmente el factótum.

—Tranquilizaos, caballero. No tengo flores envenenadas, y no puedo ofreceros un ramillete perfumado de la especie del que vos mismo preparasteis para mademoiselle de Nevers. Además, vuestra vida no me pertenece: hay una persona que se ha reservado el derecho de disponer de ella, y, por lo tanto, me es sagrada. ¡Es ya la última!

El miserable se estremeció. Era cierto: si Gon-

zaga no volvía, era el único superviviente de los asesinos del Duque de Nevers en los fosos de Caylus. Tales ideas no son muy apropiadas para despertar el apetito. Pero como doña Cruz le desafiaba con su burlona mirada, no quiso echarse atrás, y se sentó á la mesa.

—¿Me obligaréis para tranquilizaros por completo á hacer la salva?—preguntó la joven con insultante sonrisa.

—Os dispense de ello, como os dispense vuestras burlas. Puesto que habéis querido servirnos, hacedlo bien: olvidaos de quién sois, y sed únicamente una sirviente, una moza de la posada.

La contienda se entablaba decididamente con instrumento, si menos mortífero que la espada, no menos acerado. Ambos adversarios parecían tener la lengua expedita y bien afilada.

Los *enrodados* anotaban *in menti* los golpes de cada combatiente y se preguntaban quién vencería. El factótum reflexionaba más que comía, y, advirtiéndolo la gitana, replicó sarcásticamente:

—¿Estáis triste por haber perdido á vuestro amo? ¡Lo comprendo! Consolaos con la idea de que vais á visitar otra vez á España, adonde ya estuvisteis, si no recuerdo mal, para robar una niña que se ha convertido en mujer. ¡Es mi pa-

tria querida! ¡Ah! ¡Cuánto lamento estar tan cerca y no poder verla pasando los Pirineos con vos! Pero tendré que tomar el camino de París esta noche.

—¡No será así, mientras yo aliente!—gritó cólerico Peyrolles.

Doña Cruz se sentó en una esquina de la mesa y cruzó los brazos con actitud de tan acentuada ironía, que los *enrodados* estuvieron á punto de aplaudirla. La joven dijo con serenidad:

—Doña Aurora está mejor, gracias á Dios. Resistirá el viaje tanto mejor, cuanto que dentro de breves horas se hallará al lado de su futuro esposo el caballero Enrique de Lagardère. No os preocupéis, pues, de su estado. Supongo que le acompañará M. de Chaverny...

Comprendió Peyrolles que llevaba las de perder, no obstante su insolencia habitual, en aquel asalto á *lengua*, y renunció á seguirlo. Se levantó furioso, crispó los puños y gritó:

—¡Basta! ¡Mlle. de Nevers, y vos también, iréis adonde os lleve Monseñor, ó adonde os lleve yo, en su defecto! ¡Y os juro que no será á París!

Flor sonrió y cambiando sus baterías, dijo:

—¿Pero no bebéis, señores? ¡Calle! ¿Habéis agotado ya el vino? Dispensad mi distracción: me desconsolaría que guardaseis mal recuerdo

de mi servicio, ya que no ha de repetirse la ocasión. Voy á buscar vino.

La verdad era que acababa de oír una seña que le hacía desde la cocina la Vasca. Al llegar junto á ella, Jacinta le susurró al oído.

—Acaba de llegar mi hermano. Gonzaga ha muerto.

—¿Es seguro?

—Él mismo le arrojó á la zanja, cuya profundidad no ha podido medirse.

—¡Alabado sea Dios! ¡Estamos salvadas! ¡Mi buena Jacinta, hacedme el favor de subir á participárselo á Aurora!

Y Flor volvió á la sala cargada de botellas de vino de España y con el rostro tan radiante, que Peyrolles sintió un escalofrío. Aquella mujer comenzaba á asustarle.

—¡Bebed, señores! Y ahora podemos continuar nuestra amena conversación, M. de Peyrolles, en el punto en que la dejamos interrumpida. ¿Te ndriais por casualidad intenciones contrarias á las nuestras?

—Es imposible que tengamos las mismas—replicó él.

—Voy á permitirme rogaros—contestó la gitana con frescura—que reflexionéis en que, una vez difunto el señor Príncipe, las razones que él tuviera para secuestrar á la Duquesita de Ne-

vers no pueden ser las vuestras, ni las de estos caballeros. Todos no pueden vanagloriarse de militar entre los asesinos de Nevers, y vos mismo intervinisteis en él más como instrumento que principalmente. Ahora bien; desaparecida la cabeza, el brazo queda inerte. Sólo falta aguardar el castigo, que no tardará.

—Si lo temiese, sería una razón más para conservar en mi poder á Mlle. de Nevers.

—¿Puedo preguntaros cuál es vuestro plan?

—preguntó la joven, agresiva y altanera.

—Llevaros á España, aunque mi señor el Príncipe haya muerto. Aurora de Nevers era para él un rehén, un rescate vivo. Pues bien; será también el mío, y Lagardère mismo no me lo quitará.

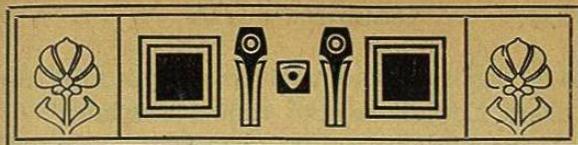
—¡No está mal pensado!—repuso fríamente la gitana.—Pero mi plan, el mío, es muy diferente.

La puerta se abrió bruscamente á sus espaldas.

—¡Pero no el mío!—dijo alguien que apareció en el umbral.

Un grito salió de todos los labios:

—¡Monseñor Gonzaga!



XIII

En la garganta de Pancorbo.

—¡Mal pecado!—dijo Cocardasse sopapeando las orejas de su caballo para reunirse con su fraternal é inseparable amigo Passepoil.—¡Mira los Pirineos, pichón! ¡Al paso que vamos, los pasaremos como si fueran una simple topinera!

Era, efectivamente, una marcha infernal: los caballos, cubiertos de espuma, parecían no tocar el suelo. Lagardère contemplaba también las altas cumbres doradas por el Sol, de las cuales sólo algunas leguas los separaban, y pensaba que, de no alcanzar á Aurora antes de pasar la cordillera, tropezaría en España con mil obstáculos que retrasarían por bastante tiempo su unión.

Faltaba poco para llegar á Bayona. De pronto surgió un hombre de la cuneta del camino con una larga pértiga, apoyado en la cual dió un sal-